

La culpa de México

© Pedro Ángel Palou
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria
www.schavelzon.com
© 2009, de la presente edición: Norma Ediciones, S.A. de C.V.
Av. Presidente Juárez 2004, Fracc. Industrial Puente de Vigas,
Tlalnepantla, Estado de México, CP 54090, México

Primera edición, noviembre de 2009

Dirección editorial: Lorenza Estandía
Cubierta: Mario Sánchez Mille
Diagramación: Alfonso Reyes
Edición: Georgina Cárdenas
Pintura para la portada: Julio Galán, sin título, 2003
Autorización de uso de la imagen otorgada por:
Elizabeth y Vita Sofía Galán Romo, herederas de los derechos de Julio Galán
Álvaro Fernández Garza, propietario de la pintura

Impreso en México – *Printed in Mexico*

ISBN: 978-607-13-0080-5

CC: 28002093

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, conocido o por conocer, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización por escrito de la editorial.

PEDRO ÁNGEL PALOU
La culpa de México
La invención de un país entre dos guerras

Grupo Editorial Norma

www.librerianorma.com

Bogotá Barcelona Buenos Aires Caracas

Guatemala Lima México Panamá Quito San José

San Juan San Salvador Santiago de Chile Santo Domingo

Para Pedro Ángel Palou Pérez,
mi padre, un amante de la historia.

*El éxito, aquí como en todo, depende exclusivamente de casualidades.
Reconstruirlas, simulando una legitimidad, se llama historia*

Elías Canetti, *Masa y Poder*

No tenemos una visión de conjunto de lo que ocurrió en México desde la Independencia a la Revolución mexicana. Repensar la historia es, en realidad, volver a contarla; por primera o por enésima vez, no importa. Nos urge ahora un ejercicio de rigor intelectual que indague en el siglo XIX mexicano con la finalidad exclusiva de preguntarse por qué hemos fallado como país. Se trata de realizar una revisión minuciosa no sólo de los textos fundacionales sino también de las contradicciones que nos han dado cuerpo. Si Vargas Llosa se preguntaba en su novela *Conversación en la Catedral* cuándo se jodió el Perú, nosotros nos interrogamos permanentemente lo mismo acerca del caso mexicano. Amado Nervo parecía saberlo en las postrimerías del XIX cuando opinó que México no era ni sería el corazón ni los nervios del mundo. Cuando más –continuaba– aspiraría a ser el intestino del globo terráqueo. Lo escribió con cierta resignación.

Sin embargo es preciso cuestionarnos acerca de qué país hemos inventado –o decidido ser– justo entre las dos guerras que nos dieron cuerpo y que hoy celebramos con más boato que inteligencia, dando por descontado, claro, que ese México es este México o, al menos, su resultado unívoco. Craso error: el pasado no es un tiempo inamovible, analizable en bloque, como si existiera de antemano: es un espacio

de pugnas y contradicciones, un lugar de combate y lucha. El verdadero enemigo del hombre es la generalización, escribió alguna vez Czeslaw Milosz, el premio Nobel polaco. El siglo XIX mexicano ha sido tratado con displicencia, repitiendo siempre los lugares comunes hasta apenas muy recientemente. La segunda mitad de la centuria ha sido mucho mejor estudiada, aunque de los primeros 50 años sólo tenemos eso de lo que hablaba Czeslaw Milosz: meras generalidades que ocultan la línea argumental de un país que se definía por igual en las ideas que en la batalla. Nuestros patricios eran intelectuales que buscaban darle forma a una idea, negando las ideas de otros e impidiendo la formación de diversos *Méxicos*. Negamos al pasado indígena con la misma vehemencia que rechazamos los siglos que abarcan la Colonia. Se nos olvidó el mestizaje hasta que éste fue sólo una palabra en Andrés Molina Enríquez y en los liberales de fines de siglo o principio del veinte.

En el siglo XIX construimos las bases del país que la Revolución mexicana se encargó de traducir en instituciones. Los ya no tan jóvenes miembros del Ateneo de la Juventud y los llamados Siete Sabios aprovecharon la impronta revolucionaria para traducir el ideal liberal en empresas estatales, en instituciones públicas, cerrando el círculo que los patricios del XIX habían abierto al dotar al país de un cúmulo de ideas sobre las que éste se ideó y se hizo real olvidando una categoría, el mestizaje, que hasta finales del XIX se negó una y otra vez.

Sin embargo el precio fue muy caro. Al adoptar un ideario exógeno y una forma de modernidad importada –lo que E. Bradford Burns llama con tino la *pobreza del progreso*– la intelectualidad liberal del XIX barría con el pasado indígena y así se olvidaba de todas las formas de comportamiento que consideraba bárbaras: nos educaba bajo la bandera de que sólo así podríamos ser dignos comensales del banquete de la civilización del que ya hablaba Alfonso Reyes. En este punto es de suma utilidad la intuición de Roberto Schwartz para quien la idea de liberalismo es una idea fuera de lugar. Me explico: el ideario de la independencia –y de su institucionalización liberal– es un complejo de ideas, un conjunto de imágenes que se convierte en praxis política:

“reforma del Estado, construcción de escuelas primarias, distribución de tierras, incorporación de las tecnologías disponibles a las prácticas agropecuarias existentes, construcción de ferrocarriles”,¹ pero son ideas adaptadas de acuerdo con las convenciones y necesidades de las élites locales. El liberalismo, según Roberto Schwartz² está fuera de lugar porque actúa como un elemento legitimador del mando oligárquico. El resultado no puede ser más patético, no puede significar mejor esa pobreza del progreso a la que nos hemos referido: un sistema jurídico que restringe la participación política y económica a la élite gobernante. En conclusión: no se hace sino preservar las relaciones serviles moldeadas desde el periodo colonial. Por eso el porfirismo mexicano será la entronización de ese orden y ese progreso que beneficia a unos cuantos. Por eso la Revolución mexicana será a la postre más una revolución feudal que una revolución social y los hacendados del norte –la élite sonoreense– se repartirá el pastel. Un largo siglo para ir construyendo el sistema de gobierno legítimo, representativo, sólo para dejar fuera a la inmensa mayoría. Un estado de derecho tantas veces mentado en el que los grupos marginados de siempre –indígenas, clases suburbanas, desprotegidas– permanecerán sin derecho al estado.

Los manuales de urbanidad y las constituciones políticas, no sólo en México, sino en toda América Latina, intentaban limpiar el cuerpo individual y el cuerpo social de todas sus taras y supersticiones, de todas las formas de primitivismo que nos quedaban. La operación quirúrgica y aséptica de nuestros padres fundadores nos arrebató la posibilidad de pensarnos, desde dentro, diversos y plurales.

Por otro lado, la mayoría de las revisiones parciales del periodo ha sido realizada con la misma lupa: intelectuales que han utilizado al siglo XIX como pretexto para justificar sus posiciones políticas. Como si el liberalismo tantas veces entronizado significara en cada periodo lo mismo. Y resulta que no. No hay dos liberalismos más separados que el de Ignacio Ramírez, el Nigromante, y el de Octavio Paz. Incluso en intelectuales contemporáneos casi estrictos como Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis, el término quiere decir cosas muy distintas. Vale la pena detenernos en esto. En un reciente artículo, Ignacio Sánchez

Prado desmonta la operación intelectual por antonomasia del escritor mexicano: la batalla por la definición del liberalismo, ese significativo vacío que distintos grupos culturales y sociales invocan una y otra vez para legitimar sus posiciones y “cuyos intelectuales e ideólogos producen los contenidos que permiten a dicho significativo articularse en hegemonía”.³ Y es que lo que ha hecho Monsiváis con sus dos últimos libros, *El estado laico y sus malquerientes* y, el más completo, *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*, aunque mucho más serias que la mera recopilación de ideas deshilvanadas de Héctor Aguilar Camín en *La invención de México*,⁴ no es sino otro capítulo de la larga historia de intelectuales que analizan un periodo de la historia para contárnosla toda, asumiendo una continuidad casi positivista que la realidad se niega a reconocer. Estamos de acuerdo con Sánchez Prado: el tema central de los debates de la clase intelectual mexicana radica en el intento de legitimar distintas versiones y variantes del liberalismo. Este libro se aparta claramente de esa empresa cansina, aunque de algún valor; pretende ser más bien una historia narrativa del siglo XIX mexicano que nos devuelva el rostro, que nos responda con seriedad cuándo se jodió México.

Así, el liberalismo decimonónico, como el entronizado por la Revolución mexicana, clausuró las soluciones regionales por una vasta utopía nacional, desde la idea de unidad que aquí buscaremos desmontar mediante un recorrido por ciertos instantes de la modernidad mexicana en su primer siglo de construcción y definición. Para lograrlo habrá que ir a la Colonia, ese espacio que varios han pretendido cortar de tajo. Vayamos pues sin mayor dilación:

En 1580, el virrey Martín Enríquez de Almanza tranquiliza a su sucesor, el conde de La Coruña, al decirle que no ha encontrado peligro ni riesgo alguno entre los indios chichimecas o los criollos recién alzados, simbólicamente castigados al ajusticiar a los Ávila en 1566. El verdadero problema de la Nueva España, escribe, radica en “la mucha suma que hay de gente menuda, mestizos, mulatos y negros libres y el crecimiento grande en que van con los que de allá vienen y acá nacen. Como allá es una gente tan mal inclinada, no

creo será pecado presumir en ellos cualquier mal, en caso de alguna rebelión”.⁵ Después de todo, ésta es la consigna fundamental en la reproducción del consenso cultural que hace posible mantener el estado de paz en la Nueva España: inculcar en la nueva sociedad el sentimiento de culpa, “así como el aprendizaje y la utilización del mecanismo del perdón como recurso fundamental para restablecer y regenerar las relaciones, los pactos y los acuerdos políticos, sociales y culturales”.⁶

La Nueva España se conforma de una manera singular: la cultura católica e hispánica con la tradición del mundo prehispánico y más tarde la incorporación de elementos propios del continente africano da como resultado una sociedad compleja y mestiza. La Nueva España de los siglos XVI y XVII es un universo plural, caracterizado por un orden corporativo y estamental presente en la vida cotidiana de todos sus habitantes. En 300 años son muchos los factores que propician una estabilidad política y social. Estos factores no son sólo políticos y económicos: el sistema religioso y la experiencia cotidiana de la religiosidad son factores fundamentales y originales de la Nueva España que ayudan a reproducir el consenso cultural que hace posible mantener el estado de paz que distingue a estas tierras durante esos tres siglos.

Y es que la Colonia es “heredera de la mentalidad medieval, lo mismo que de las ilusiones del humanismo cristiano; la sociedad novohispana [nace] como resultado del desencanto del barroco. El golpe de la Reforma luterana y el riesgo del avance de la herejía protestante que significan el retraimiento de la tolerancia del cristianismo renacentista”.⁷

Para la segunda mitad del siglo XVI, los efectos del humanismo ya han permeado profundamente en las preocupaciones de una Iglesia que tiene que hacer frente a las nuevas preguntas del hombre de aquel tiempo: el peso de la voluntad humana, la importancia de la libre elección y el sentido de la responsabilidad y la conciencia individual. Éste es el marco cultural en el que se construye la sociedad novohispana de los siglos XVI y XVII, sociedad que, si bien se integró a las preocupa-

ciones de Occidente desde sus orígenes, se consolida como un mundo distinto y singular con validez en sí misma.

Dentro del complejo ordenamiento de la Nueva España hubo un mecanismo fundamental para establecer los acuerdos que permitieron mantener la paz: la negociación. No fue siempre el autoritarismo y la imposición el modo de conciliar la diversidad de culturas, sino más bien el dinamismo y la flexibilidad de los tres poderes —el político, el social y el religioso, y las contradicciones entre ellos— los que abrieron ciertos espacios para el desarrollo de una heterogeneidad que nos marca desde siempre, aunque nos empeñemos en negarla.

Desde el inicio, en la novedad de la patria, en la que se fraguan las contradicciones de ese pueblo naciente que más tarde se llamará México, se da así esta mezcla. Sólo ha pasado medio siglo desde la ocupación de Tenochtitlán y allí está, asomándose entre las grietas del edificio escritural del virreinato, el rostro novedoso de un pueblo que emerge brutalmente, muchas veces con violencia. Se trata de un edificio con frecuencia pulido por manos aristocratizantes, por las élites que, al parecer, son las únicas que tienen el poder de elegir. Justamente por eso se llaman élites.

La clase privilegiada social y económicamente por el gobierno español la representan los miembros del gobierno político, el ejército y el alto clero. En síntesis, el régimen. Con ellos están los grupos que se han convertido en hegemónicos: los mineros, los comerciantes, los exportadores y la burocracia política. Su fuerza está en los jóvenes peninsulares deseosos, como lo estuvieron los conquistadores, de comenzar una nueva vida en una tierra favorecida por Dios. El poder de elegir se da con relación a los intereses de la corona. “No es aún libertad de hacer una patria, sino de manejarla y dirigirla, libertad de gerencia, no de autonomía.”⁸ A los peninsulares este margen no les incomoda porque están en la cima del orden establecido: exportan, se enriquecen, fundan sus propias reglas ignorando a las demás castas porque para ellos “la prosperidad material no indica ninguna posible transformación, sino exige, tan sólo, un orden administrativo eficaz”.⁹ Los nombramientos que los peninsulares reciben de la Corona, sus

prebendas, sus privilegios, están vedados a los criollos que aspiran a compartir el control político de la Colonia.

La Iglesia y las autoridades peninsulares buscan legitimar el poder para guardar las responsabilidades que a cada cual le corresponden en la Nueva España y porque así justifican su lugar en la cima del reino hispánico.

El proceso depurador por parte de la Iglesia, sobre todo en el siglo XVI, se concibe como una guerra sobrenatural entre los misioneros y Satanás en la que los primeros se concentran en transformar y erradicar las prácticas y costumbres prehispánicas incompatibles con la ética cristiana. Dentro de aquella batalla ultraterrena, uno de los problemas más difíciles para los frailes es construir entre los indios una nueva conciencia individual culpable.¹⁰

Proclaman que cada miembro de la nueva sociedad debe cumplir con sus diferentes funciones dadas desde su origen, su estamento, su grupo social y su sexo. La sociedad novohispana se rige por el ideario tomista de que la situación de cada persona obedece a un orden racional dictado por la divinidad, una paradoja, un orden dentro del universo porque “como las estrellas del firmamento” todos tienen un lugar, un oficio y un destino específicos. Aceptar esta división es necesario para mantener el “bienestar común” de la Colonia. “Tanto en lo individual como en lo social, lo contrario al Bien [es] el desorden.”¹¹ Cuando el orden social es perturbado por los pecados de sus miembros es necesario que los sujetos enmienden sus comportamientos y vuelvan a ejercer las correspondientes funciones propias de su estado en la sociedad.¹²

La riqueza eclesiástica se obtiene de la renta de sus propiedades en el campo y la ciudad, del diezmo y de los capitales impuestos a censo redimible sobre propiedades particulares. El clero constituye un grupo social cuyos intereses se dirigen al mercado interno de la colonia. En ese sentido, son solidarios de los propietarios agrícolas, industriales y pequeños comerciantes.¹³

La verdad es que la paz que se respira, el auge económico y cultural que se comenta en otros lugares no corresponde a una na-

ción única porque la Nueva España está dividida en dos Repúblicas paralelas: la República de españoles y la República de indios que conviven durante casi tres siglos tensando siempre la cuerda. Se tocan y se mezclan, aunque los estratos superiores no lo quieran. De allí lo novedoso, la plasticidad cultural, la verdadera originalidad de lo que ocurre naturalmente.

Para mediados del siglo XVIII los españoles son los mayores comerciantes: exportan metales, logran que se decrete “el comercio libre” que los beneficia para acrecentar fortunas y crecen más que si estuvieran en su propia patria, encontrando con beneplácito el apoyo incondicional del alto clero. Las minas se encuentran entre sus bienes, aunque poco a poco las familias criollas se van asociando con ellos. En Guanajuato, por ejemplo, los criollos poseen la mayor parte de las minas; en Zacatecas es al contrario: el poder lo tienen los inmigrantes. En ese grupo por lo menos la oposición no existe, los lazos van estrechándose comercialmente, de esta manera la distinción entre europeo y criollo, la clase alta, se resuelve así en una generación.¹⁴

Por otro lado, la República de los indios y las castas ligadas con el mercado interno parecen de otra especie. Las tierras están mal repartidas entre unos cuantos hacendados criollos de gran influencia y ningún indígena. Los indios para las autoridades de la Nueva España, especialmente para la Iglesia que tiene la encomienda de organizar e institucionalizar el proceso de evangelización de las tierras conquistadas, son criaturas buenas e inocentes, “víctimas de los engaños y mentiras del Demonio”.¹⁵ Los indios se forman en el binomio de la culpa-redención y su universo simbólico dista de las demás clases sociales porque son los únicos “atados por las prohibiciones establecidas para protegerlos”; por ejemplo, “no pueden firmar escrituras públicas por más de cinco duros”, son deudores de los que conquistaron sus tierras y aunque están exentos del diezmo, deben pagar por cápita a la Corona un tributo especial.

En su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Humboldt relata que los indios están “embrutecidos por el despotismo de los antiguos soberanos aztecas y por las vejaciones de los primeros

conquistadores; aunque protegidos por las leyes españolas, en general sabias y humanas, gozan sin embargo muy poco de esta protección por causa de la grande distancia de la autoridad suprema”.¹⁶ Su universo no está organizado y su voz es casi inaudible, “los trabajadores de la Colonia no adquieren conciencia de su situación oprimida. La obstrucción total de su futuro por las clases superiores no les franquea la proyección necesaria para comprender su situación y trascenderla”.¹⁷ La razón es que los indios están más ocupados en asimilar los sentimientos angustiosos de su pasado ajeno a la palabra de Dios y los pecaminosos actos de sus padres, que no alcanzan a cuestionarse respecto a su opresión. Esta conciencia, pocas décadas después, se las ha de despertar “la *intelligentsia* criolla”.

Confinados al trabajo del campo, hacia los siglos XVIII y principios del XIX los indios soportan los vaivenes económicos de sus patronos que perciben cómo la agricultura sufre la falta de interés y de apoyo por parte de la Península –a diferencia de la minería o del comercio exportador–, que ha restringido la producción para el autoconsumo de la Colonia. La gran mayoría de los hacendados vive endeudada, el capital financiero de que dependen está en manos de la Iglesia, que actúa al igual como banco agrario.

El pueblo trabajador es la base de la pirámide social y la forman estos indios que, como lo comenta Humboldt en sus memorias, “no tienen propiedad individual y están obligados a cultivar los bienes concejiles”. Los naturales son los más desprotegidos y aislados de la tierra pues, además de no poseer nada material, su fuerza de trabajo y hasta su vida le pertenecen a otros: a los hacendados o a la Iglesia, a quien deben también la alcabala.

Flotando en la incertidumbre desde el primer nacimiento en tierra novohispana y con plena noción de los dos polos sociales están los criollos, quienes buscan alianzas, orificios para infiltrarse, intentando encontrar un lugar en la naciente burocracia. El suyo no es un rostro criollo lleno de resentimiento y frustración. Es un rostro mestizo, desordenado, que aparece en los intersticios a menudo ilegales de una sociedad que busca a toda costa disciplinarse, estratificarse, institucionalizarse. En

una palabra, limpiarse de la impureza original que es su santo y seña.

El rostro primigenio de México es, entonces, un rostro degradado, de gente sin ley; lo mismo en las zonas mineras que en las enormes haciendas de provincia y en el lugar de la burocracia y su escritura, la ciudad de México. Lo que en esos años se denomina sin temor plebe, turbulento *demos* mexicano que, por cierto, describe con tino no un testigo sino quien leía todos los informes escritos: el cronista-cosmógrafo del Consejo de Indias, Juan López de Velasco, con una categoría, la mudanza que todo lo degrada, incluso las estratificaciones de derecho y cuyos privilegios otorga la Corona: primero, los conquistadores y descendientes; segundo, los primeros pobladores, y tercero, los granjeros y mineros oficiales de todos los oficios.

Dentro de la élite se diversifican cada vez más los intereses de dos sectores distintos. De un lado, los grupos que se han convertido en hegemónicos y que están ligados de cerca con el sistema de dependencia: mineros, comerciantes exportadores, burocracia política. Del otro, los sectores interesados en promover un mercado interno: Iglesia, hacendados, comerciantes de provincia y un incipiente grupo industrial. Esta diversificación de grupos en la clase dominante no coincide con diferencias raciales. Aunque en el sector exportador y administrativo predominan los peninsulares y los criollos entre los hacendados e industriales, la mezcla entre las familias de la oligarquía es frecuente. No es el nacimiento ni la sangre, sino la función que cumplen dentro del sistema colonial lo que les separa. El antagonismo entre “criollos” y “gachupines” nunca corre con suerte entre las familias privilegiadas. Más bien será creación de los “letrados”, de las clases medias que se nombran los voceros de los intereses americanos. Esa distinción racial funcionará entonces como una “racionalización” de antagonismos más profundos. Los conceptos de raza y nacionalidad servirán para encubrir y dramatizar diferencias económicas y sociales.

Lo cierto es que estas clases sociales del virreinato no responden a un orden de esfuerzos, ni siquiera a un orden intelectual, porque si así fuera los criollos de la clase media y baja dominarían tan rica